

Justicia y Paz es fundamentalmente una espiritualidad, un conjunto de valores que orienta toda la vida del individuo. Se centra en el proyecto de Dios para toda la creación. Como seguidores de Jesús, se nos invita a colaborar en este proyecto que revela el amor y la compasión de Dios por todos. El Reino de Dios es para todos. Esto no es una mera ideología para ser puesta en práctica, sino una espiritualidad para ser vivida. Da vida más abundante tanto al espíritu como a la carne. Justicia y paz tiene una dimensión interior y profunda que alimenta la vida de todos y cada uno, al par que da vida a todos. Es esta espiritualidad la que sostiene la comunidad de fe en su acción en favor de la Justicia y la Paz. Está caracterizada especialmente por: el amor a Jesús; el amor a los propios hermanos y hermanas; un amor especial por los pobres y excluidos; un espíritu de colaboración, un estilo de vida sencillo y un empeño centrado en la transformación de uno mismo, de los demás y del mundo.

La Iglesia enseña que el compromiso cristiano por la transformación del mundo es parte esencial del anuncio del Evangelio (Cf. Centesimus Annus 5e-f). El papel del animador de JP consiste en crear conciencia del sufrimiento y de las injusticias que existen en el mundo, siendo él mismo sensible y consciente de los efectos que la intolerancia y la codicia causan a los más débiles y fomentando iniciativas evangélicas que alivien las penas y afronten las causas de la marginación. Todo esto, naturalmente, no puede hacerlo solo. Necesita apoyo de los herman@s y de las instituciones, y ha de tener una espiritualidad robusta y en continuo desarrollo. Quisiera ilustrar ocho aspectos de esta espiritualidad.

1. Coherencia con el Evangelio y anuncio motivador del mismo.

La principal responsabilidad del coordinador (comisión) de JPIC consiste en animar a los herman@s a empeñarse en los temas relativos a la justicia y la paz (Evangelio de nuestros días): convencer a los herman@s -con palabras, hechos e ideas- de que la JP no es algo «opcional», sino parte integrante de nuestra vocación religiosa. JP no es una responsabilidad exclusiva de quienes han sido designados sus coordinadores o animadores: todos los herman@s están llamados a vivir, personalmente y como miembros de una comunidad religiosa, los valores de JP, que son los valores evangélicos. Existe el peligro de etiquetar a las personas: trabaja en la pastoral juvenil, en la pastoral social, en la pastoral familiar... Sin duda, hay que distribuir las responsabilidades, pero, al mismo tiempo, hemos de ser conscientes de los riesgos que esto puede entrañar. Normalmente se dice: «¡Todos los herman@s somos responsables de las vocaciones!» Y así es en teoría. Pero luego, en la práctica, todo el peso recae en aquel a quien se ha encargado esta tarea. Cuando tiene éxito, el mérito es de tod@s; cuando no lo tiene, la culpa es sólo suya. Si la comisión de JP no desempeña su papel de animación, la JP no tendrá un desarrollo positivo en los servicios que presta la Orden o Instituto religioso. El animador de JP debe plantearse, al menos, estas tres preguntas:

- ¿Qué hago para fomentar los valores y los proyectos de JP en la vida y en la actividad pastoral de la comunidad religiosa y por la circunscripción?
- ¿Cómo puedo ayudar a los herman@s con un servicio concreto de JP?
- ¿Qué temas, que la comunidad provincial o local no es capaz o no quiere asumir, debe afrontar la comisión?

El liderazgo de muchas congregaciones está convencido de que JP es parte integrante y constitutiva del carisma de su congregación. La animación de JP requiere, en primer lugar, apertura - nuestra y de nuestras comunidades- a los marginados, escucha atenta del llanto de los pobres, sentir la presencia y la mirada del rostro de Jesús crucificado, pobre y humilde en el leproso de hoy... es decir, vivir el Evangelio en el mundo de hoy. Sería un grave error considerar la animación de JP como algo funcional, enfocado sobre todo a resolver las desigualdades e injusticias existentes en nuestras comunidades y, posteriormente, fuera de nuestras comunidades.

¿Cómo podemos comparar las injusticias que sufre la mayoría de la humanidad con las que existen en nuestras comunidades, aunque sean alarmantes? Si nos sentimos afectados por el sufrimiento de los marginados, se pondrán en tela de juicio nuestras estructuras, nuestros ministerios y aquellos a quienes servimos. Anuncio del Evangelio y vivencia de los valores evangélicos.

2. El Amor a Jesús

¿Qué es lo que mantiene en su empeño a un animador de JP? Su horizonte es el amor a Jesús y el amor a los pobres. Me gusta, aunque me entristece, la foto de un niño refugiado que camina descalzo llevando al hombro un saco que contiene todos sus bienes, y a cuyos pies figura la frase: «Se ha visto envuelto en la guerra de otros». El animador de JP debe servir a Jesús en los más excluidos y vulnerables de nuestro mundo, animando a los herman@s a vivir los valores de JP y a incluirlos en su ministerio.

El animador de JPIC debe cultivar una relación intensa con Jesús. Si no posee una vida de oración sólida, equilibrada y tenaz, acabará cansándose, desanimándose, rebelándose y/o perdiendo la perspectiva de su carisma. Los animadores de JPIC no son agentes sociales. La salida de la congregación de un animador o una animadora de JPIC tiene consecuencias institucionales, pues hace más lento el proceso de interiorización de JPIC como parte constitutiva de nuestra vocación religiosa. Los herman@s jóvenes, entusiastas de la dimensión social del Evangelio, apasionad@s por un mundo mejor, son para mí motivo de alegría y de preocupación a la vez: de alegría, pues son una señal positiva para el futuro de la Orden; y de preocupación, pues JP es un compromiso que entraña riesgos y equívocos, acontecimientos que inducen a muchos a elegir, fuera de la Orden, otros caminos para servir a los pobres y desheredados de nuestro mundo.

3. El Amor A Los Hermanos

El mejor animador/a no es necesariamente el más capaz o el más preparado técnicamente, sino aquel que ama a los herman@s su congregación, no obstante la resistencia y la falta de repuesta de éstos a los valores de JPIC. La necesidad puede inducir a un hermano/a a pedir apoyo y a demostrar aprecio sincero cuando lo recibe. Esto es un buen resorte para la colaboración. El animador/a que ama a sus herman@s en la congregación se las ingeniará para encontrar modos de animarlos, estimularlos y empujarlos a preocuparse más por los marginados. Y lo hará sin obligarlos ni ridiculizarlos. En cualquier apostolado y en todas las fases de su vida, todos los herman@s están realizando algo que se relaciona con JPIC, aunque no lleve la etiqueta de JPIC.

El animador/a respetuoso reconoce esta realidad y construye sobre ella. La animación es una actividad que brota del amor.

4. Amor a los pobres y marginados

Mons. Helder Camara subrayaba una cualidad vital del animador/a de JP. Decía: «Cuando doy pan a los hambrientos, me llaman santo; cuando pregunto por qué no tienen pan, me llaman subversivo». El amor a los pobres es central para el trabajo de animación de JP. No se trata de un amor exclusivo, sino de un amor que encauza la mayor parte de las energías, recursos, esfuerzos y proyectos al servicio de los pobres y con los pobres, en su lucha por la vida y la dignidad. El animador, además de atender a las necesidades humanitarias inmediatas, debe estimular la reflexión para salir al paso de las estructuras injustas y ponerlas en cuestionamiento.

5. Espíritu de colaboración

Todavía hace falta recorrer mucho camino para lograr un verdadero espíritu de colaboración. Parece como si en la Orden hubiera una dicotomía entre las palabras y la colaboración real. ¿Hasta qué punto distinguimos al individualista de quien está animado por el espíritu de colaboración? Un hermano tiene espíritu de colaboración si: *consulta a los demás, programa con los demás, reconoce la importancia de trabajar con los demás, delega responsabilidades, revisa sistemáticamente cómo trabaja, entiende el lide-razgo no como prestigio y poder sino como servicio, fomenta la responsabilidad de los demás, se alegra cuando los otros hacen bien su trabajo y tienen éxito, los anima, reconoce sus esfuerzos, los apoya en los momentos de fracaso, es flexible en la realización*

de los programas concordados, da más valor a la coparticipación que al triunfo, sabe afrontar los obstáculos con paciencia, cree en la dignidad, capacidad e igualdad de los demás.

6. Estilo de vida

El animador/a que vive personalmente la dimensión de JP de su vocación, tendrá más posibilidades de ser aceptado por los herman@s y se tendrán más en cuenta sus ideas. El amor a los pobres, el estar cerca de ellos, apoyar sus organizaciones y causas, esforzarse verdaderamente por vivir con sencillez, son esenciales para un animador de JP. Quien recibe el encargo de ser animador de JP, debe examinar su propio estilo de vida de manera crítica, constructiva y fraterna. Hay que corregir y evitar las contradicciones. No se puede criticar el esfuerzo sincero. Nadie espera la perfección, pero pocos herman@s olvidarán fácilmente las contradicciones que no se procuran corregir. El lugar donde vivimos, lo que poseemos, las personas con quienes nos relacionamos, las cosas en que gastamos el dinero, nuestros amigos... son otros tantos indicios de nuestra realidad profunda. El modo de reaccionar ante las provocaciones y contradicciones reflejan nuestra paz interior y nuestra actitud no violenta. ¿Participamos plenamente en la vida comunitaria? ¿Asumimos la parte de responsabilidad que nos corresponde? Pareja a nuestro celo por los más pobres, enfermos y excluidos debe ser nuestra compasión con los hermanos enfermos, ancianos o «difíciles». ¿Cómo demostramos que respetamos verdaderamente la creación?

7. Trabajo en coordinación con los demás

Muchos herman@s realizan una excelente actividad pastoral. Su arduo trabajo les produce a menudo cansancio y estrés. Es una lástima que no se valore debidamente el trabajo realizado en coordinación con los demás. Much@s coordinadores de JP pierden valiosas oportunidades de entrar en conexión con otras personas o grupos que trabajan en los mismos temas, en la propia nación o en otras partes del mundo. No aprecian la importancia de la solidaridad internacional y del trabajo coordinado al servicio de los marginados. Una de las quejas que suelen hacerse a los religiosos@s de los grandes Institutos es que se consideran autosuficientes y no son capaces de trabajar en coordinación con otr@s. No apoyan a los grupos interreligiosos, a las organizaciones no gubernamentales o a las personas que se dedican a estos asuntos. Se repite mucho trabajo, cuando sería más eficaz aprovechar adecuadamente las oportunidades comunes.

Las decisiones que afectan a las personas se toman generalmente en centros superiores sobre los que no pueden influir los individuos por separado. Las decisiones nacionales e internacionales repercuten en los pobres a quienes servimos. Hemos de buscar el modo de influir en esas decisiones a la luz del Evangelio y de la doctrina social de la Iglesia. Esta es la razón básica de nuestra presencia en las Naciones Unidas, mediante nuestras ONG, y en el servicio de JP en otros sedes.

La comisión de JPIC de la Conferencia Episcopal de Sudáfrica tiene cuatro funcionarios profesionales dedicados de tiempo completo a estudiar y elaborar documentos de política económica y social.

Su trabajo es tan importante que el Gobierno les pide que colaboren en la redacción de documentos políticos y de leyes. Este trabajo es verdaderamente parte integrante de la evangelización. Es menester procurar influir constructivamente en la política de los gobiernos, de manera que no tenga repercusiones negativas sobre los pobres.

8. Formación Permanente

La mayoría de los coordinadores de JP carecen de formación específica. Much@s de ellos sienten una pasión profunda por los temas relativos a los pobres, tienen experiencias prácticas, pero carecen de conocimientos y de técnicas sobre JP. Nuestra formación teológica y filosófica con frecuencia no nos ofrece los medios necesarios para comprender y tratar los complejos mecanismos que afectan a las personas y al medio ambiente. El buen misionero/a aprende de la experiencia. Los animadores de JPIC poseen una experiencia limitada, algunos conocimientos y enormes retos. Varios manuales de han sido redactado con el fin de ayudar a los animadores, pero no es una panacea. El animador/a

de JP tiene que seguir los acontecimientos del mundo, ha de hacer un análisis crítico de la realidad y aplicar los principios del Evangelio. Debería haber cursos de economía, doctrina social de la Iglesia, derecho, ecología, derechos humanos... La mayoría de los animadores de JP tienen muchas otras responsabilidades y los cursos a la larga no siempre son realistas.

Conclusión

En muchas Provincias y Conferencias de las Congregaciones ha habido un alentador progreso en la animación de los valores de JP y se han llevado a cabo numerosas y excelentes iniciativas. Se ha dicho, y por desgracia es verdad, que la doctrina social de la Iglesia es su secreto mejor guardado. El animador de JP no debe esperar que los demás aprecien y comprendan inmediatamente su trabajo, aunque haya una infinidad de justificaciones evangélicas y de argumentos de nuestras fuentes que destacan la importancia de los valores de JP. El animador de JPC debe estar convencido/a de que la encarnación de los valores de JP en la vida y en el ministerio de los herman@s es indispensable para la edificación del Reino de Dios, a cuyo servicio está la Buena Noticia. Ayuda a sembrar las semillas del Reino; el Señor ya hará que den fruto en el tiempo que Él ha determinado. Las actitudes derrotistas son ajenas al perfil de un buen animador de JP. Si una determinada estrategia de animación no logra el triunfo deseado o encuentra resistencia, hay que hacer una evaluación atenta y seguir otro camino. El animador/a busca soluciones y no se siente aplastado/a o triste por la enormidad de los retos. Nuestra libertad de acción es mucho mayor cuando nos reconocemos instrumentos de Dios y simples colaboradores en la solución de los problemas.

Iquitos, 19 de mayo de 2013

P. Alejandro Moral Antón, OSA